

Israel/Palestina: un conflicto que revela la problemática base teológica de los Estados

Jorge Jacobsohn

El conflicto palestino-israelí, por su complejidad, funciona como una especie de síntoma del sistema político mundial constituido por los Estados Nacionales.

Israel y Palestina comparten un destino común: sus poblaciones son producto de refugiados de la guerra. Los primeros de las dos guerras mundiales del siglo pasado, y los segundos, con la fundación de Israel en 1948. Isaac Deutscher¹ empleaba para ilustrar esta situación una metáfora: se incendia un edificio, un señor escapa de su departamento y cae en la acera encima de un peatón. El señor que escapa representa a los judíos y el peatón a los palestinos. Deutscher era lúcido en su diagnóstico, de modo que se cuidaba con esto de entrar en una fácil dicotomía víctimas-victimarios que suele ser la favorita de cierta izquierda llamada antiimperialista o de la prensa anti-israelí.

Esta dicotomía busca responsabilizar a una sola parte del conflicto (Israel), del mismo modo que muchos sionistas sólo ven el problema del lado palestino. No se trataría, tampoco, de hacer la vista gorda a la asimetría *real* de fuerzas entre los dos pueblos (uno armado y organizado como estado, el otro aún sin soberanía sobre su población y su territorio, para no hablar de las diferencias de desarrollo económico-social), y proponer una “teoría de los dos demonios” que diluya las responsabilidades en ambas partes.

No hay dos demonios, y con más razón, la asimetría que perjudica más a los palestinos que están en una posición desfavorecida, no pueden por ello entrar en guerra con Israel con la pretensión de eliminarlo, como

¹ Deutscher, I., *Los judíos no judíos*. Buenos Aires, Ediciones Kikiyon, 1969.

rezan los objetivos de las cartas fundacionales de la OLP y actualmente del Hamás. Dos estados pueden proponerse guerras de conquista, pero un pueblo que no tiene Estado no puede pretender liquidar a otro Estado porque es ser suicida enfrentarse *de igual a igual* más allá de las diferencias de fuerzas.

Pero el martirologio suicida es concebido como legítimo por parte de la población, que muchas veces lo apoya desde la desesperación. Sin embargo, años de resistencias diversas a la ocupación israelí, esfuerzos de pacifistas israelíes e internacionales, han ido paulatinamente otorgando a los palestinos oportunidades para organizarse y encaminarse a la soberanía propia. No hay retorno a la famosa declaración de Golda Meir por la que ella manifestaba no reconocer la existencia de los palestinos.

A pesar de los años de sucesivas guerras, da la impresión de que cada avance o solución trae inmediatamente más retrocesos. Actualmente, tenemos el Muro que hace las veces de frontera irregular, la política favorable a la construcción de asentamientos judíos por parte de Netaniahu, o más atrás pero no hace mucho- la guerra iniciada por Hamás en la frontera de Gaza desde que Israel retirara de ahí a los colonos judíos y finalizara con la última y trágica incursión del ejército durante enero del 2009.

El estado de guerra latente y permanente muestra que por más que se avance, la solución definitiva no será posible porque algunas dirigencias de ambas partes dependen de que el conflicto se prolongue *ad infinitum* para existir.

El problema real, sin embargo, nunca son los territorios, o la falta de soberanía, o la falta de seguridad, estos son pretextos para velar algo que es más estructural. A saber, la definitiva consolidación de Israel como Estado-Nación (todavía no tiene fronteras estables y reconocidas internacionalmente), algo que no ha logrado aún y este es un destino que comparte con los palestinos. Israelíes y palestinos llegan a la solución estatal-nacional cuando la mayoría de las naciones modernas del mundo ya han establecido sus fronteras y soberanías.

¿Por qué Israel y Palestina no se pueden consolidar definitivamente como Estados-Nación? Diremos el motivo de entrada, y será lo que iluminará a todo nuestro artículo: porque todo Estado-Nación se fundó a par-

tir de una guerra o de un exterminio, una imposición autoritaria de un lenguaje e identidad homogéneos que excluyen o subordinan -cuando no eliminan- las diferencias. Por ejemplo, Estados Unidos o Argentina se constituyeron habiendo exterminado a la población indígena. Esta tesis del origen criminal del Estado es conocida, pero no se le han extraído las suficientes consecuencias para el caso palestino-israelí.

Israelíes y palestinos, comparten conflictivamente un mismo territorio y de ser consecuentes con la necesidad del Estado Nacional (un Estado y una lengua o religión propios y hegemónicos), se tendrían que abocar al exterminio mutuo. O es Israel- Estado judío o es Palestina- Estado árabe/islámico.

Como por diversas razones (entre ellas el desfasaje temporal histórico respecto de las naciones ya consolidadas) esto no ha podido llevarse a cabo, el problema de los orígenes se prolonga, se extiende, se repite. El problema de los orígenes consiste en disputas, despojos, diversas hostilidades que empujan al otro a una situación de acorralamiento. Israel debe enfrentarse con sus problemas demográficos ya que la población palestina no sólo es importante numéricamente en los territorios, sino también dentro del mismo Israel. Los palestinos, asimismo, tienen una importante población judía (los colonos de Judea y Samaria) que ya no podrán expulsarla fácilmente.

Sectores post-sionistas (inspirados por Ilan Pappé entre otros) creen que es tarde ya para la solución de dos estados para dos pueblos porque la complejidad demográfica impedirá la existencia de mayorías absolutas y prolijamente repartidas, de modo que su propuesta consiste en instituir un Estado laico binacional o posnacional. Más allá de la viabilidad o no de esto, el problema es que no se puede eludir la base misma del Estado que es la homogeneidad lingüística y étnica, que es lo que genera como efecto de exclusión de lo diferente los problemas de convivencia o de subordinación. La homogeneidad étnica no parece ser un problema en algunos países, siempre y cuando una etnia minoritaria no amenace con hacerse mayoritaria (Europa está viendo eso con su población musulmana y resucita su xenofobia y fascismo).

Todo Estado es estado étnico. Incluso el Argentino aunque no lo parezca (la dominación blanca en nuestro país no parece evidente... sólo para

los propios blancos). Y si no es la etnia-racial, la particularidad que toma el relevo del dominio es la etnia-religión.

La particularidad del Estado es solidaria y consustancial a la particularidad étnica (es decir, siempre una etnia termina ejerciendo una hegemonía política). El problema principal de las propuestas progresistas que buscan crear un Estado *no relacionado* con su base étnica es que olvidan que justamente las que quieren un Estado étnico son las mismas etnias en disputa, es decir, son el elemento humano concreto que impide una construcción de un Estado desde una óptica general y distante de las particularidades. Esta observación no sólo se aplica a las etnias que aspiran abiertamente a la disputa por la hegemonía política, sino también a todas aquellas que si bien no les interesa y adoptan una actitud más “pasiva” -como la famosa “cuestión judía” en la cual Europa “no sabía qué hacer” con aquella particularidad “rebelde” que constituía el pueblo judío disperso en sus territorios, que al igual que los gitanos y demás minorías fue oprimido, expulsado, exterminado.

Seguramente, no es lo mismo que existan leyes de *apartheid* o leyes que legitimen abiertamente un dominio étnico o religioso (por ejemplo, es un mérito que Argentina haya eliminado en 1994 el requisito de pertenecer a la religión católica para ser Presidente), y sus consecuencias para una vida pacífica y tolerante no son menores. De todos modos, aquí nuestra óptica es más “estructural”, dando cuenta de los graves límites que lo *real* pone a lo *legal*.

La etimología de la palabra “etnia” nos puede echar luz al tema que estamos desarrollando, su significado es: “parte”. De este modo, una parte que quiere aspirar a (gobernar al) todo se convierte en un vector móvil de conflicto. Pero cuando hablamos de etnia judía o palestina, no estamos hablando precisamente del *conjunto* poblacional que compone cada una de ellas. Por ejemplo, dentro de la etnia judía (o palestina) tenemos partes que aspiran a representarla totalmente, y esa dialéctica de hegemonía que es interna, puede ejercerse sobre exteriores diferentes (por ejemplo cuando se conquista y se anexa otros pueblos).

El conflicto palestino-israelí en realidad es un conflicto mundial, el que provoca la misma existencia del Estado-Nación, y más precisamen-

te, su fundamento teológico-étnico. En la guerra contra el comunismo, Occidente gustó de llamarse cristiano, del mismo modo que hoy lo hace enfrentándose al Islam.

Ahora, este fondo “teológico-político”, que si bien no es nuevo, precisa ser comprendido en el capitalismo. El carácter particular de las etnias y religiones heredadas de períodos precapitalistas eran un obstáculo para la expansión capitalista que debía disolver lazos sólidos para expandirse fluidamente. Pero el capitalismo no eliminó las particularidades. Estas, en lugar de ser obstáculo para la infinitud abstracta y fluida del dinero-capital, se convirtieron en factores coagulantes.

El capitalismo no puede desarrollarse eliminando toda frontera y barrera, al contrario, las fronteras y barreras tienen que ser “bisagras” para su expansión, “coagulantes” de su flujo sanguíneo. En nuestro modo de producción contemporáneo, los Estados y las identidades funcionan no sólo como *coagulantes*, sino que también adoptan la forma-mercancía para garantizar el flujo.

La mercancía, al mismo tiempo, también posee características *rígidas* que se compatibilizan con la rigidez de las particularidades estatales y étnicas: una mercancía es tal *sólo* si tiene un *valor* y una cierta *medida* que son fijadas en términos absolutos -y en todo caso, la relatividad del valor y de la medida se subordina a la *abstracción* cuantitativa en la que cualquier flujo viviente se ve obligado a portar una imagen destinada a la seducción para la compraventa, y un valor y un precio para desarrollar su (im)potencia reproductiva.

Así, podemos, sin demasiada dificultad, comprender las relaciones entre las “sutilezas teológicas” de la mercancía -de las que hablaba Marx en su tomo I de *El Capital*) y el fundamento teológico y/o racial. La “sutileza teológica” de la mercancía (la parte que quiere pasarse por el todo) precisa de la particularidad teológica de la identidad cultural para -a su vez- mercantilarla en un círculo vicioso.

Ser Argentino o Israelí o Francés, en el capitalismo, tiene sentido sólo desde la pertenencia al Mercado Mundial. Y ahora que Argentina decidió ser “marca-país”, estamos, como se dice un tanto vulgarmente y tenebrosamente, en el horno.